

COMENTARIO BIBLIOGRAFICO

ALFREDO DE MICHELI

¿PUEDE
HUMANIZARSE
LA
TECNICA?

ESTA ÉPOCA nuestra, convulsa, parece constituir la gran era de la técnica. Sin embargo, todos los adelantos y las conquistas de la técnica moderna no han logrado satisfacer las exigencias y anhelos del hombre. ¿Puede acaso la técnica vencer la fuerza inexorable de la "Necesidad" o suprimir la angustia, sublime consuelo a la soledad del hombre? El hombre contemporáneo, decepcionado, tiende a olvidarse embriagándose de materialismo o hundiéndose en la desesperanza.

En esta encrucijada de la civilización humana, ¿cuál puede ser el papel propio de la técnica y de la ciencia en general? La técnica por su naturaleza no es humanística, hasta puede ser antihumana. Pero, si se considera como condición de progreso de los valores humanos y no como fin a sí misma, puede adquirir en aspecto personal, el arte de la técnica. El problema no es de excluir o de combatir uno u otro elemento de la vida moderna —lo que sería una tentativa vana y retrógrada— sino de incorporarlos armoniosamente en una concepción integral del hombre. Este no es solamente un cuerpo, sino un espíritu en un cuerpo. Es indispensable tener conciencia de esta verdad primaria para poder alcanzar una visión humanística de la técnica y de la misma ciencia. El hombre es siempre inmensamente más grande por su mente que por sus obras materiales. El espíritu humano analiza, coordina, sintetiza. A partir de los hechos, profundiza en su esencia para entender los principios universales. A partir de los datos contingentes, tiende a acercarse a los valores absolutos, al mismo absoluto.

Lógicamente no debe entenderse el triunfo del humanismo en la vida moderna como un volver las espaldas a la realidad de todos los días para aislarse en una especie de "Nubicuculia", ni como el querer solucionar los problemas del momento en virtud de la autoridad de los clásicos o con el

sistema de acatamiento ciego al verbo del Maestro. El fruto de una buena educación humanística no consiste, de ninguna manera, en el aislamiento en un mundo de sombras o en el gusto a las diatribas estériles y a las redundancias retóricas.

Se trata, al contrario, de instaurar un humanismo activo y combatiente, que confiera dignidad y nobleza a la persona humana; en otras palabras, un humanismo heroico. La comprensión humana, el amor al prójimo, el espíritu de sacrificio, el sentido de responsabilidad, son las bases de tal humanismo. En este sentido, humanismo significa alcanzar la plenitud de la inteligencia y del corazón, respetarse a sí mismo y respetar a los demás, no caer de rodillas ante ídolos de oro o de barro, saber dominar la técnica sin sujetarse a ella, comportarse en cualquier momento como hombre y con amor al hombre. Solo el humanismo así concebido permitirá el triunfo del ideal erasmico de la conciliación universal.

El hombre debe tener conciencia de que la técnica es un instrumento y no un límite, un auxilio y no una meta, un método subsidiario y no una atadura. Ella debe servir de ayuda positiva al hombre para que éste pueda desarrollar toda su dimensión humana. En ningún caso debe sacrificarse en aras de lo útil el gusto de lo bello, que trae consigo el gran ritmo de la vida, su luminosidad, su decoro y la más seductora gentileza de toda expresión moral.

¿Cómo debería considerarse la vida científica a la luz de estas verdades? La investigación científica constituye una verdadera vocación, y también en este campo muchos son los llamados y pocos los elegidos. Ella impone, al lado de una "forma mentis" inspirada en el más severo rigor del método, una vida meditativa y austera, podría decirse ascética, férvida del entusiasmo del neófito, rica en sacrificios y renunciaciones, esquiva a los fáciles atractivos de eso que corrientemente define el éxito. Las obras del hombre valen únicamente por lo que aportan en testimonio a la verdad, por lo que favorecen el progreso de la perfección individual y la armonía de la familia humana. De ahí la importancia de la función social de cada quien con vistas al bien común.

No parece inútil recordar la dedicatoria del tratado del monje Teófilo sobre la técnica de los vitrales policromos, publicado en el siglo décimo tercero: "... Cuando hayas leído repetidas veces estas cosas y las tengas bien grabadas en la memoria, siempre que te sirvas de mi obra, eleva una oración por mi alma al Todopoderoso. El bien sabe que no relaté mis investigaciones para recibir el aplauso de los hombres ni por deseo de una

retribución material. El conoce que no omití nada importante o inédito por mala fe o por envidia, que nada reservé para mí solo. Al contrario, me esforcé para satisfacer las necesidades actuales y para contribuir al progreso de muchísimos hombres en honor y gloria de Su Santo Nombre”.

Nuestro mundo científico podrá considerarse verdaderamente humanista cuando sea posible leer un tratado de economía, de medicina nuclear o de mecánica cuántica, escrito con igual espíritu de humildad y de dedicación. Estas metas superiores anhelan los espíritus pensativos, los espíritus amantes, los confiados en el progreso de la humanidad y en el destino del hombre.